

EL AMANTE

PARTE SEGUNDA



EL AMANECER

Claro el día
ya amanece,
resplandece
bello el sol;
de luz clara
cielos tiñe,
nubes tiñe
de arrebol.

Dulce canto,
vario trino
peregrino
se hace oír;

sacudamos
con presteza
la pereza
del dormir.

Golondrina
deja el nido,
su chirrido
ya entonó;
suspendida
de alta reja,
blanda queja
ya exhaló.

Nos convida
la frescura
de aura pura,
que el olor
grato esparce,
que en el prado
le ha prestado
linda flor.

Bala tierno
ya el cordero,
da el carnero

ronca voz ;
lanza el toro
su mugido,
su aullido
can feroz.

Pasta yerba
fresca y pura
en llanura
mansa grey ;
cruje el yugo
del arado,
muy pesado
tira el buey.

Ya comienzan
avecillas
en cuadrillas
á trinar;
y en el bosque
sus amores
los pastores
á cantar.

Ronca sordo
golpe crudo

que da rudo
leñador;
y del árbol
ya tronchado
derribado
con fragor.

—

Hermosea
nube cándida
con sus rayos
claro sol;
purifican
oro fúlgido
los ardores
del crisol.

—

Bate ronco,
bravo y férvido
viento rudo
la ancha mar;
hondos truenos
suenan hórridos,
vuelve el eco
su bramar.

—

Ya revuelve
viento rápido
denso polvo
con furor;
negra mira
nube túrgida
tembloroso
labrador.

.



UNA MAÑANA

DE PRIMAVERA

¡Qué bello es el despertar
del abril en la mañana
al sonido de campana
que comienza ya á llamar
á la misa más temprana :

Y escuchar la golondrina,
que, saludando á la aurora,
gorjeando silba y trina,
mientras sol naciente dora
su pluma tan bella y fina :

Y ver el sol que matiza
de la ciudad los cristales,
y el aura que se desliza
entre los bellos rosales
y sus hojas mece y riza :

Ver la risueña campiña
salpicada de rocío,
y ver el ave donosa
que en las arenas se posa
de la corriente del río !

Mientras tanto el labrador
pasa con buey ayuntado,

arrastrando ya el arado
para ganar con sudor
de negro pan un bocado.

Ya la afanosa aldeana
atravesando el sendero
marcha á la villa cercana
para que aquella mañana
salga su fruto el primero.

Natura que ya retoña
contempla el pastor atento,
y pasado algún momento
el eco de la zampona
lleva en sus alas el viento.

Y la yerba va comiendo
el ganado quieto y manso
y el pastor va precediendo,
da un momento de descanso,
y otra vez va prosiguiendo.

Ya se escucha en la ciudad
el ruido del martillo,
y vese con claridad
salir de la obscuridad
las banderas del castillo ;

Y el crujido de las puertas
que se abren de par en par,
y el sol se comienza á alzar,
y empiezan á murmurar
las calles antes desiertas.

EL RUISEÑOR

Apacible ruiñeñor,
 hechizo de la pradera,
 que con trino tan meloso
 saludas la primavera;

Mientras el céfiro blando
 lleva en sus alas donosas
 el perfume de jazmines
 y el aroma de las rosas;

Mientras el arroyo claro
 con murmullo se desata
 y serpea caprichoso
 con sus raudales de plata;

Con el lustre de su arena,
 cual pece que se desliza
 con el brillo de oro puro
 que sus alitas matiza;

Tú, escondido en la espesura
 que quiebra del sol el rayo,
 que te resguarda del viento
 y de la lluvia de mayo,

En el hueco de una copa
 en verde y frondosa rama

reposando un ruiñeñor
 dulces trinos exhalara.

Su soltura y desenfado
 y su manera galana
 á gran trecho del contorno
 el oído embelesaba.

Tal vez silba de repente,
 tal vez un momento para,
 y otra vez el aire llena
 con voz sonora y gallarda.

Después ahueca sus tonos
 y pía con voz pausada,
 y otra vez como un torrente
 caprichoso se desata.

¿Oís? parece un suspiro
 de un pecho abrasado en llama,
 que sus acerbos penares
 con dulce gemido calma.

¡Qué capricho! ora gorjea,
 ora remeda algazara
 del estallar ruidoso
 de la alegre carcajada.

Avecilla misteriosa
 que dentro el ramaje cantas,
 no sé si cantas tu dicha
 ó si tus penas amargas.

Mas, ó bien seas felice,
 ó bien seas desdichada,
 te lo ruego: del jardín
 por largo tiempo no salgas.

No temas, no tocaré
 ese verdor do te paras,

esa sombría espesura
que conozco que te agrada.

Y si tienes allí el nido
do hijuelos tiernos regalas,
aunque escuche yo sus píos
si á tu tierna prole halagas,

No te recates, ni esquivo
receles de mi mirada,
que sería yo bien fiero
y bien ingrato pagara

El embeleso indecible
que me das por la mañana,
cuando tus trinos entonas
antes de rayar el alba.



LA FLOR EN EL VALLE

Linda flor, que ufana creces
á la margen de ese río,
y que en soledad te meces
con el aura del estío,

Dime quién te puso aquí,
quién lanzó aquí tu semilla,
que sola te encuentre ahí
de esas aguas á la orilla:

Verde tallo, la hoja bella
de delicados colores,
y en tu cáliz una estrella
como reina de las flores.

¡Qué hermosa por la mañana
cuando del aura al murmullo
ostentas tu faz ufana
desplegando tu capullo!

En los brazos de aire blando
que te mece con dulzura
tu cabeza reclinando
acrecientas tu hermosura.

Él te da frescor templado,
tú le das aroma suave,

y él más ligero que el ave
de su pliegue perfumado

Por la pradera derrama
el aroma de tu aliento,
mientras suspira en la rama
con languidísimo acento.

Le plugo á naturaleza
el darte quien te resguarde,
que no pierdas tu belleza
con el calor de la tarde.

Cuando el sol te ha regalado,
te cubre la fresca sombra,
y tu pie está rodeado
de un tapiz de verde alfombra.

De ti la abeja afanosa
chupa jugo de ambrosía,
y en ti juega todo el día
la pintada mariposa.

El reptil, que se desliza
serpenteando en la grama
y la pradera matiza
con el brillo de su escama,

No te daña con su huella,
que, cuando se acerca y mira
y te ve tan tierna y bella,
con largo rodeo gira.

Bella flor, hermoso adorno
de esas orillas amenas,
otra flor no hay en contorno,
mas tú su vacío llenas.

Que me places más á mí
en el valle retirada,

que no si te viera aquí
en bello jardín plantada.

Y es más bella la natura
con atavío sencillo,
que la afectada hermosura
ceñida de falso brillo.

Si te llegare á tocar
con sus dedos el humano,
en vez de te hermosear
te agostaría su mano.



EL ARROYUELO

Cual fluye ese arroyuelo,
 así pasa la vida
 feliz quien, olvidado
 de pompa fementida,
 sintiere que sus horas
 se deslizan tranquilas,
 cual corre mansamente
 la clara fuentecilla;
 y el alma candorosa
 sin pliegue de malicia
 en limpio y bello seno
 retratará su dicha,
 que ese lindo arroyuelo
 bien muestra la arenilla,
 el oro y bellas perlas
 que en su seno se abrigan.



LA FUENTE EN EL DESIERTO

Hija amable del desierto,
 encanto de la pradera,
 que entre la flor y la yerba
 te deslizas tan ligera:

Que esmaltas con ricas perlas
 de tus hermosos cristales
 esa arena por do corres
 entre espesos matorrales:

Que con plácido murmullo
 á luengo trecho extendido
 das aliento al pasajero
 á quien la sed ha rendido:

Dime, ¿quién te dió tan puras
 las aguas de tu corriente?
 ¿quién hizo que aquí brotases
 en ese erial tan ardiente?

¿Quién te dió que en las arenas
 de soledad abrasada
 formases con tu frescura
 esa alfombra regalada?

Que en ese desierto inmenso
¡ay! mal hado fuera el mío,
si tus aguas se secaran
con el ardor del estío.

Con la boca ardiente y seca,
sin aliento ya en el pecho,
agobiado de cansancio,
la posada á largo trecho...

Mas ahora de tus aguas
con la agradable frescura
templada mi sed ardiente
entre plácida verdura,

Refociladas mis fuerzas
para seguir mi camino,
me siento ya con aliento
de llegar á mi destino.

¡Fuentecita! no sin pena
me despido de tu orilla,
y de tus verdes tapices,
y de esa arena que brilla:

Queda en paz, que aquí tal vez
Dios de bondad te crió
para conservar la vida
á otro sediento cual yo.



UNA ESCENA DE EDÉN

Las yerbas y flores
tapizan el suelo,
las aguas reflejan
azulado cielo.

Arroyos serpean
todo en derredor
y esparcen en torno
ligero rumor.

El árbol levanta
su copa lozana,
con flores y frutas
hermosa y ufana.

Süave airecillo
las halaga y mece,
les imprime un beso
y desaparece.

De las ramas cuelga
gracioso el nido,
cual cesto de mimbres
de hermoso tejido.

El ave afanosa,
cantando su amor,
le cubre y ablanda
con hojas de flor.

—

Sobre la blanda yerba reclinada,
en las aguas de fuente cristalina
de Adán la compañera afortunada
miraba su belleza peregrina.

El apestado aliento del infierno
aún no deshiciera
la hermosura y la vida que el Eterno
en su rostro imprimiera.

—

Sus ojos respiran
amor y ternura,
sus labios destilan
candor y dulzura.

La nieve y la rosa
su tez hermean,
dorados cabellos
ligeros ondean,

Y á veces jugando
cúbrenla un instante,
y después más bella
descubre el semblante.

El temor, los deseos turbulentos,
la envidia, los dolores y los males,
que hasta nuestros placeres y contentos
nos cambian en angustias funerales,

En tan afortunada criatura
asiento no encontraban,
y el asilo de cándida inocencia
humildes respetaban.

Plácida y complaciente la natura
halaga, sí, un cuidado cariñoso,
nada le ofrece que dañarle pueda
ni su calma turbar y su reposo;

Mas el reptil infame,
que con mágica maña nos hechiza,
blandamente la lame
mientras por su regazo se desliza.

—

Tal vez al ruido
de rama agitada
vuelve de repente
su faz sonrosada;
y es Adán que coge
manzana sabrosa
para regalarla
á su tierna esposa.

Al verle le llama
la fruta pidiendo,
y Adán afanoso
se la da riendo;

y al tocar sus labios
la fruta exquisita,
tierna lo agradece
con blanda risita.

.....



EL VUELO

Era una hermosa mañana,
el sol doraba ya el techo,
y dejando el nido estrecho
el ave echaba á volar;
y mientras se remontara
por el aire en raudo vuelo,
aliviaba yo mi anhelo
con sólo la contemplar.

¡Avecilla! tú dichosa
con tus alas peregrinás
el aire surcas y trinas
con dulzura sin igual;
y yo gimo aquí en la tierra
agobiado de penares,
y con sombríos pensares
acreciento más mi mal.

LA PALOMA

Blanca paloma, que vuelas
y que tan airosa subes
á lucir tu bella pluma
en el seno de las nubes:

¡Ay! dejaste sin sospecha
tus pichoncitos piando,
y piensas tornarte luego
y acallarlos arrullando:

Mira ¿no ves el azor
volar rastrero y mañoso
para hundir su fiera garra
en tu pecho candoroso?

¿No escuchas, con su chirrido
cómo te avisan las aves,
y tú en vuelo distraído
dando vas giros süaves?

¡Ay de ti! llega el azor
más leve que la saeta,
y con negra y cruda garra
tu pecho rasga y aprieta:

Va cayendo á gruesos copos
tu plumaje como nieve,
y él dando crudo alarido
se pierde de vista en breve.

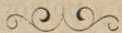
LAS ALAS DEL TIEMPO

Las horas van deslizando
sobre mi frente lozana
dejando su huella insana
marcada sobre mi tez;
y el reloj señala lento
con campanada sonora
el paso de fugaz hora
que no verá ya otra vez.

Las hojas caen al suelo
sacudidas por el viento,
y marchito y polvoriento
veo el tallo de la flor;
¡ay! pena da contemplarlos,
así pasa nuestra vida,
era ayer planta florida,
después la seca el calor.

Al menos esos arbustos,
que hoy despoja de hermosura
la oleada fiera y cruda
del helado vendaval,
cobran en la primavera
lo que les robó el otoño,
y con vistoso retoño
les torna belleza igual.

¡ Mas nosotros! ¡ miserables!
 el día que llegue triste
 fantasma que luto viste
 y que empuña fatal hoz,
 cerraremos nuestros ojos
 á la luz del claro día,
 cual se apaga la bujía
 ó cual calla leve voz.



UNA NOCHE EN BARCINO

¡ Qué dulzor y blandura
 es á mi pecho, en noche silenciosa,
 contemplar la llanura
 de la mar, espaciosa
 y escuchar en la playa cuál murmura;

La luna plateada
 cruzando lentamente el firmamento,
 serena, despejada,
 y de estrellas sin cuento
 con majestad seguida y rodeada!

Y en el confín postrero
 blanqueando la vela de la nave,
 y canta el marinero,
 y la brisa süave
 lleva hasta mí su acento plañidero.

Y sin señal de vida,
 cual niño que reposa en blando seno,
 Barcino está dormida,
 y percibo ¡ sereno!
 por voz á largos trechos repetida.

No venga, no, la aurora;
 que el día más hermoso y refulgente